

La cultura científica en la medicina y psiquiatría filo-soviética y comunista en la Argentina (1935-1956)

Luciano Nicolás García*

Introducción

Uno de los rasgos que ha caracterizado al marxismo soviético como corriente intelectual fue su apelación a una idea de ciencia, entendida como un saber sistemático apoyado en evidencia empírica y con derivaciones tecnológicas específicas.¹ Este rasgo, ya presente en Marx, se acentuó en los años de la Segunda Internacional, especialmente a partir de las ideas de Engels sobre la dialéctica, que tuvieron un considerable impacto en el bolchevismo. Esta idea de ciencia tuvo una doble importancia: por un lado, estructuró un campo de indagación científica, tanto en las ciencias sociales como en las ciencias naturales; por otro, fue un componente esencial del ideario comunista sobre el conocimiento y la modificación de la realidad. Sin embargo, con la excepción de unos pocos autores y los trabajos específicamente dedicados a la ciencia soviética, ambos niveles han tenido un tratamiento desparejo en la literatura disponible sobre la historia del comunismo internacional, y apenas han merecido atención en los estudios locales.² La producción local ha tendido a asimilar al intelectual

filo-soviético y comunista con la figura del escritor y ensayista, particularmente Héctor Agosti, y la del dirigente partidario, cuyo prototipo sería Rodolfo Ghioldi.³ Queda claro que este tipo de actores culturales fueron centrales en la conformación de una *intelligentsia* comunista, sin embargo, la implantación local del marxismo-leninismo requirió también de otras variedades de intelectual, entre ellas los médicos, en particular los psiquiatras. Por lo regular, los médicos y científicos son considerados bajo la figura de “expertos” o bien intelectuales limitados a sus respectivas disciplinas. La formación científica y humanista del médico de

of California Press, 1984; Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1985; Paul Thomas, *Marxism & scientific socialism: from Engels to Althusser*, New York, Routledge, 2008; Isabelle Gouarné, *L'introduction du marxisme en France. Philosovietisme et sciences humaines, 1920-1939*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013. Sobre historia de la ciencia soviética véase, entre otros, David Joravsky, *Soviet Marxism and Natural Science, 1917-1932*, New York, Columbia University Press, 1961; Dominique Lecourt (1977), *Proletarian Science? The case of Lysenko*, London, Humanities Press, 1977; Loren Graham, *Science, philosophy and human behaviour in the Soviet Union*, New York, Columbia University Press, 1987; Alexei Kojevnikov, *Stalin's Great Science. The Times and Adventures of Soviet Physicists*, London, Imperial College Press, 2004; Daniel Todes & Nikolai Kremmentsov, “Dialectical Materialism and Soviet Science in the 1920s and 1930s”, en William Leatherbarrow & Derek Offord (eds.), *History of Russian Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 340-367. Quizás el texto centrado en la Argentina que ofrezca un desarrollo más directo sobre los cruces entre marxismo y pensamiento científico Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

³ A modo de ejemplo, véase Andrés Bisso y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en Hugo Biagini y Arturo Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX, tomo II: obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 235-265; Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Laura Prado Acosta, *Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1935-1963)*, tesis de maestría no publicada, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2008; Adriana Petra, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, en *Contemporánea*, Vol. 1, n° 1, 2010, pp. 51-73; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013. El hecho de que estos textos sean producciones sólidas permite destacar la vacancia aquí señalada.

* Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

¹ Este artículo es una revisión y ampliación de la ponencia “Las relaciones entre el marxismo y la ciencia según los intelectuales comunistas y filo-soviéticos argentinos (1935-1953)”, presentada en la XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, 2 al 5 de octubre de 2013, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Algunos de los materiales utilizados en este artículo fueron obtenidos mediante una estadía de investigación de posgrado en la Universidad Complutense de Madrid, financiada por el Programa de Movilidad Académica Internacional de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección de Luis Montiel Llorente (Departamento de medicina preventiva, salud pública e historia de la ciencia, unidad de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid), y de Rafael Huertas García-Alejo (Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Agradezco a Adriana Petra y a Hugo Vezzetti brindarme materiales y sugerencias, a Alejandro Dagfal, Mauro Vallejo, Florencia Macchioli, Marcela Borinsky, Hernán Scholten y Matías Abejón por sus comentarios a una versión previa, y a Ana Belén Amil por sus correcciones al texto.

² Algunas de las excepciones son Martin Jay, *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Berkeley, University



principios del siglo XX permitía, mediante el tópico de la salud pública, la vinculación de saberes biológicos con diversas concepciones sobre el ordenamiento de la sociedad.⁴ La medicina, en particular la psiquiatría para el ámbito argentino, constituyó un tipo de conocimiento fundado en diversas ciencias y con una vocación práctica que se alimentaba del evolucionismo, la criminología, la psicopatología y la pedagogía. Ello permitió tematizar una serie de tópicos sociales en una clave científica, en la medida en que se buscó dilucidarlos racionalmente y derivar de ello algún tipo de intervención.⁵ Es posible esbozar una genealogía de médicos y psiquiatras con vocación política e intelectual en las izquierdas argentinas: su inicio podría ubicarse con Juan B. Justo y José Ingenieros; tuvo su continuación hacia el antifascismo y el filsovietismo mediante Aníbal Ponce y Gregorio Bermann, y se consolidó en el comunismo con Emilio Troise, Jorge Thénon y Julio Peluffo. El objetivo aquí no es ofrecer una tipología de intelectuales, dado que la medicina es un campo vasto y con diversos cruces con otros agentes culturales.⁶ Empero, los médicos como portadores de saberes requieren una mirada específica sobre su formación, sus herramientas de producción de conocimientos y prácticas, y los modos en que las legitimaron. Sin agotar el tópico de los vínculos entre medicina e intelectualidad, aquí el análisis se centrará en cómo una de las derivas de la cultura científica decimonónica, mediante una medicina acreditada que se pronuncia sobre ciertos saberes psiquiátricos y psicológicos, fue reconvertida hacia dentro del comunismo a partir de la apropiación del materialismo dialéctico.

También se buscará poner de relieve el lugar de **Cuadernos de Cultura**, la principal y más longeva publicación del Partido Comunista de la Argentina (PCA) para los sectores intelectuales y científicos, en la diseminación del ideario científico del marxismo-leninismo. La revista ha merecido diversos trabajos, sobre todo centrados en aspectos relacionados al arte y a la política,

aunque se han pasado por alto los artículos dedicados a las ciencias publicados en la gran mayoría de sus números.⁷

Aquí se buscará mostrar cómo el marxismo-leninismo fue erigido como un nuevo fundamento gnoseológico y epistemológico, empresa que para los científicos filo-soviéticos y comunistas resultó central. Puede distinguirse entre una versión débil y una fuerte de tal pretensión: la primera se ofreció como un marco maximizador de científicidad, desde el cual realizar un “rescate crítico” de los saberes disponibles; la segunda se propuso como una superación de toda otra filosofía previa, una refundación de todo saber, y con ello, de toda concepción de hombre. Con todo, ambas versiones compartían un mismo criterio: el pensamiento marxista, en tanto concepción racional del mundo, debía nutrirse de la producción de las diversas ciencias, que devienen necesarias para el sostenimiento del materialismo dialéctico.

El marxismo-leninismo, considerado como un pensamiento científico, tiene en el centro de su filosofía el problema de cómo se conoce adecuadamente la realidad. Tal conocimiento siempre incluye en la argumentación filosófica alguna clase de supuesto sobre la psiquis. En este punto, la adopción de ciertos saberes psicológicos sobre la percepción y la cognición inciden sobre la concepción general que se tenga de la realidad, la ciencia y lo humano. Hasta la década de 1950, buena parte de los saberes psicológicos eran patrimonio de médicos y psiquiatras, quienes otorgaban relevancia a la evidencia empírica sobre las bases biológicas de la actividad psicológica a la hora de fundamentar nociones sobre la conciencia y el conocimiento. Precisamente en este punto se detiene este artículo: en la apropiación local de la investigación de Pavlov sobre la actividad nerviosa superior, un baluarte de la ciencia soviética desde mediados de la década de 1920, presentada como un suelo sobre el cual construir una psicología y psiquiatría científicas que aporten a la epistemología marxista-leninista.

Aquí entonces se ofrecen algunos lineamientos para dar cuenta del modo en que el ideario científico soviético fue apropiado por figuras del antifascismo y el comunismo argentino. Esto conlleva considerar los modos en que esos movimientos políticos se organizaron en diversas instituciones para conformar una red internacional con circuitos específicos para la circulación de las ideas marxistas. Dada la vastedad del tópico, sólo se consideran unos pocos autores: Ponce, Bermann, Troise, Thénon y Peluffo, especialmente las referencias que realizan a la neurofisiología pavloviana como saber “psi” y como modelo de ciencia socialista. La exposición se ordena en dos momentos clave para este análisis: la organización del movimiento antifascista hacia mediados de la década de 1930 y el surgimiento de un pavlovismo partidista a principios de la década de 1950. La comparación de ambos momentos muestra el paso de una concepción débil del marxismo

⁴ Sobre este punto véase, entre otros, Diego Armus, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2004; Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

⁵ Al respecto véase, entre otros, Hugo Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*, Buenos Aires, Paidós, 1996; Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós 2004, pp. 31-65; Ana María Talak, *La invención de una ciencia primera. Los primeros desarrollos de la psicología en la Argentina (1896-1919)*, Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

⁶ Al respecto, cabe destacar que Christophe Charles señale como antecedentes del rol del intelectual contemporáneo, adjudicado tradicionalmente a Émile Zola, a Louis Pasteur y Claude Bernard, quienes resultaron claves en la acreditación de la medicina como práctica científica, y a Hippolyte Taine y Ernest Renán como autores que buscaban acreditarse en un pensamiento científico para abordar la filosofía, la historia y la literatura; *El nacimiento de los “intelectuales” 1880-1900*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009, pp. 25-31. Huelga decir que el cruce entre medicina y pensamiento político puede hallarse desde mucho antes en Europa y la Argentina. Por ejemplo, véase las lecturas que Diego Alcorta hizo de los ideólogos franceses, Mariano Di Pasquale, “Diego Alcorta y la difusión de saberes médicos en Buenos Aires, 1821-1842”, en *Dynamis*, vol. 34, n° 1, 2014, pp. 125-146.

⁷ Sobre la publicación véase Néstor Kohan, *De Ingenieros al Ché. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires: Biblos, 2000, pp. 117-120; Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en*

la experiencia de Pasado y Presente, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, pp. 45-59; Jorge Cernadas, “La ‘vieja izquierda’ en la encrucijada. *Cuadernos de Cultura* y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963)”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

mo-leninismo como ciencia a una fuerte. Desde ya, los avatares políticos, locales e internacionales, transcurridos en el período delimitado son muchos; en pos de mantener enfocada la exposición, sólo se hacen comentarios marginales al respecto.

El movimiento antifascista y la difusión local de la ciencia marxista-leninista.

Las simpatías de Aníbal Ponce por la experiencia soviética lo acercaron paulatinamente hacia el comunismo durante los primeros años de la década de 1930, sin nunca llegar a ser un “intelectual orgánico” del PCA. En 1935 realizó una serie de viajes por Francia, España y Rusia que lo llevaron a profundizar esas filiaciones. Adhirió entonces a la política de frentes populares impulsado por las nuevas resoluciones del VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, que revalorizaban el papel de la intelectualidad burguesa en la lucha frente al fascismo. Esta política fue acompañada por una mayor intervención de la URSS en el Partido Comunista Francés (PCF), entonces el de mayor crecimiento e importancia en occidente.⁸ La nueva política frentista contó con un apoyo sustancial de la intelectualidad francesa. En este sentido, el comunismo habilitó un proceso de apertura y apropiación de los recursos intelectuales galos, lo que le brindó una nueva legitimidad a su causa. Ese espacio de compromiso significó una renovación del rol del intelectual, proceso al que Ponce suscribió. Lanzado al activismo político, se puso en contacto con organizaciones francesas que propiciaron los modelos para el movimiento antifascista local: el Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes (CVIA), organizado por el físico Paul Langevin, el etnólogo Paul Rivet y el ensayista Alain, y el Cercle de la Russie Neuve (CRN). A los objetivos de este texto, interesa destacar esta última organización, que desde 1927 congregaba a científicos e intelectuales filo-soviéticos y comunistas.

La comisión científica del CRN fue uno de los primeros grupos occidentales en recurrir sistemáticamente a la filosofía marxista-leninista como fundamento epistémico y político de la actividad científica. Fue conformada por científicos de renombre, dedicados tanto a las ciencias naturales como a las ciencias sociales y las humanidades.⁹ El recurso a los criterios científicos de Marx, Engels y Lenin se basaba en la idea de que con ellos se generarían y evaluarían los saberes científicos con mayor rigor, de modo que den cuenta de un modo más apegado a los fenómenos y procesos de la realidad natural y social y, por tanto, que se puedan transformar con mayor eficacia. Todo esto acorde a los objetivos comunistas: que la ciencia, en tanto fuerza productiva del hombre, deje de servir a

la explotación capitalista y se convierta en una herramienta fundamental en la construcción de una sociedad socialista.

Las organizaciones mencionadas, que conformaron uno de los núcleos del antifascismo francés, sirvieron a Ponce, y otros intelectuales, como modelo para la constitución de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), que congregó a pensadores, artistas y científicos de un amplio espectro político, sobre todo a los filo-soviéticos y comunistas. La AIAPE tuvo un estrecho contacto con el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), otra institución impulsada por Ponce, donde se hizo circular tanto la producción de los intelectuales de la AIAPE como el ideario antifascista. Tanto el CLES como la AIAPE fueron ámbitos donde los diversos tipos de intelectuales buscaron renovar su legitimidad en la arena política.¹⁰ De este modo, el antifascismo como ideario y como experiencia organizativa, habilitó una particular sociabilidad que formó nuevas tramas intelectuales ligadas un circuito internacional de circulación de concepciones políticas y científicas progresistas, incluido el marxismo soviético.¹¹

Considerando su formación —incompleta— en medicina, sus tareas clínicas en el Hospicio de las Mercedes, su cátedra de Psicología en el Instituto del Profesorado Secundario, y su rol como animador central del antifascismo, interesa destacar la producción de Ponce como una vía temprana de recepción del marco de pensamiento marxista-leninista, tanto del materialismo histórico, con sus libros *Educación y Lucha de Clases* y *Humanismo burgués y humanismo proletario*, como del materialismo dialéctico, el cual ha sido menos comentado debido a que sólo se hace mención a éste en textos menos difundidos. Sin embargo, esas referencias son relevantes para una historia del marxismo como fundamento epistémico y como guía para la actividad científica. Por ejemplo, Ponce elogió el modo en que Marcel Prenant recurrió a las ideas engelsianas de *Dialéctica de la Naturaleza* para ofrecer un marco de renovación general de la biología, y con ello, señalar el estrecho vínculo entre las leyes de la dialéctica y los fenómenos biológicos.¹²

En su revista *Dialéctica*, Ponce se explayó sobre las implicaciones epistemológicas de la versión soviética del marxismo a partir de un artículo de Plejanov sobre las relaciones entre la lógica formal y la dialéctica. Sostuvo que el cambio permanente es una propiedad ontológica del mundo a partir de la idea de que la realidad material consiste en un movimiento fluido y constante: “Lo que se mueve y lo que transforma ‘son’ y ‘no son’ al mismo tiempo. [...] El movimiento es el hecho fundamental del Ser, es decir,

⁸ Gino Raymond, *The French Communist Party during the Fifth Republic: a crisis of leadership and ideology*, London, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 8-9.

⁹ De esta comisión participaron el médico y psicólogo Henri Wallon como presidente, Paul Langevin, el biólogo Marcel Prenant, los lingüistas Marcel Cohen y Aurélien Sauvageot, el astrónomo Henri Mineur, el matemático Paul Labérene, los historiadores Auguste Cornu, Charles Parain y Jean Baby, el sociólogo Georges Friedmann, los filósofos Lucy Prenant, Armand Cuvillier, René Maublanc y Georges Politzer, y los físicos Jaques Solomon y Jean Langevin. La producción del grupo quedó plasmada en dos volúmenes titulados *A la lumière du marxisme*, Paris, Éditions Sociales Internationales, 1935-1936. Para más detalles sobre la formación del CRN véase Gouarné, *op. cit.*

¹⁰ Cabe al menos indicar que *Cursos y Conferencias*, la publicación del CLES donde se compilaban las actividades de la institución, fue una vía privilegiada de difusión de diversos saberes sobre ciencias y una tribuna para los científicos políticamente comprometidos.

¹¹ Ricardo Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: Entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en *Desarrollo Económico*, vol. 45, n° 179, 2005, pp. 403-433.

¹² Anibal Ponce, “Marcel Prenant o el marxismo en la Sorbona”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1974, tomo III, pp. 110-114; texto original de 1935.



de todo lo que existe”.¹³ Según esta concepción, la lógica formal, bajo el principio de no contradicción, omitiría el movimiento y ofrecería una visión del mundo rígida, no cambiante. Las evidencias de las ciencias naturales irían en contra de tal asunción, y por lo tanto la lógica formal no podría ser aceptada como la herramienta central del pensamiento científico. Ponce, sin embargo, no la rechazó por completo, sino que la redujo a un caso especial de la dialéctica: “Así como el reposo aparente es una forma del movimiento, la lógica formal –lógica de lo inmóvil– es un aspecto de la dialéctica –lógica del movimiento y la transformación”.¹⁴

Para Ponce, el materialismo dialéctico no sólo era una concepción epistemológicamente superior a la formalización lógica, sino que adquiriría un doble carácter positivo: dado que remite a la materialidad del mundo, se informa y justifica en la producción científica, en particular de las ciencias naturales, y a la vez, actúa como fundamento filosófico para las ciencias, dado que la realidad se transforma por la vía de la contradicción.

Por otra parte, el marxismo-leninismo no se limitaba a los principios científicos, sino que ofrecía también una nueva relación política entre los científicos, la población y el Estado. Ponce refiere a esta relación a partir de la figura de Ivan Pavlov. El argentino estaba al tanto de la producción del fisiólogo desde principios de la década de 1920, y en su viaje a Rusia tuvo oportunidad de visitar su laboratorio. Con motivo del fallecimiento de Pavlov en 1936, Ponce destacó el apoyo económico que el estado soviético le brindó al fisiólogo, mayor que el que recibió durante el zarismo a pesar de la precaria situación política y económica de la URSS. Con eso quedaba demostrada la importancia que el bolchevismo le daba al conocimiento científico. El hecho de que Pavlov haya pasado de rechazar el nuevo régimen a celebrarlo sería un testimonio de las bondades irresistibles de la organización socialista de la actividad científica. Sobre todo, la planificación socialista de la ciencia significaba para el argentino el despliegue de todas las fuerzas científicas y su vinculación directa con la población: “sólo el conocimiento científico alcanzará su atmósfera adecuada cuando las masas se incorporen a la cultura y se entreguen a construir de veras el ‘hombre socialista’ de mañana”.¹⁵ Así, el proletariado sería garante y beneficiario directo de la producción científica. El marxismo-leninismo proporcionaba entonces una nueva forma de pensar el rol del científico en función de la organización estatal y de la transformación de la sociedad.

La producción de Ponce permite dar cuenta de la recepción local del marxismo soviético, donde el escenario científico francés hizo las veces de mediador y de legitimador mediante las organizaciones antifascistas. Además, la producción francesa constituyó una referencia obligada para la medicina, la psiquiatría y la psicología argentina, desde fines del siglo XIX hasta al menos la década de

1970.¹⁶ A ello se suma el hecho de que el antifascismo y el comunismo francés también fueron un faro para la intelectualidad filo-soviética y comunista local entre las décadas de 1920 y 1960. En este punto cabe destacar que la circulación del marxismo-leninismo, como filosofía de la ciencia y como modelo de acción político-intelectual, se realizó activamente a través la red de organizaciones antifascistas y comunistas.

Ponce actuó durante los años siguientes como un referente para una medicina filo-soviética con vocación intelectual. Junto a él puede ubicarse a Troise y Bermann, quienes también fueron cercanos a Ingenieros y participaron de la AIAPE y del CLES desde 1935. Respecto del primero, éste brindó un curso sobre materialismo histórico y dialéctico en 1936 que fue publicado dos años más tarde y resultó una obra de referencia para la formación de los comunistas locales. El texto muestra la confluencia entre los saberes científicos y los idearios políticos que suscitó la experiencia soviética. El materialismo dialéctico es presentado como una nueva concepción ontológica y gnoseológica del mundo, a la vez anclada en la realidad material y advertida de la permanente modificación de la misma, tanto por sus componentes intrínsecos como por la acción del hombre. Troise enfatizó lo que denominó las condiciones “fisiopsicológicas” de la capacidad de conocimiento humano. La materialidad del pensamiento se debería tanto al hecho de que el cerebro es un órgano necesario para la vida mental como de que ese órgano se modifica por la interacción con el medio, debido a una “sinergia” entre los estímulos del mundo y la actividad del sistema nervioso: “la conciencia es síntesis interior de nuestra actividad orgánica en general y muy particularmente de nuestra actividad cerebral. Es un fenómeno o realidad —como quiera llamársele— subjetivo, ligado a una realidad objetiva e inseparable. Es, como dice Bujarín: una expresión introspectiva de procesos fisiológicos”.¹⁷ Esta interpretación de la cognición y el cerebro se basaba además en los saberes médicos sobre la fisiopatología del sistema nervioso, en la experimentación pavloviana sobre los reflejos condicionados, y en el evolucionismo de cuño lamarckiano que circuló en el marxismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Al mismo tiempo, se concebía al pensamiento del hombre como inherentemente social y derivado de la práctica: “Es la global actividad del vivir, en que la acción fragua la inteligencia y la inteligencia potencia y fecunda la acción. He ahí la filosofía de la *praxis* de Marx”.¹⁸ De esta forma, no habría ideación que no esté vinculada con los avatares del medio ambiente, sea natural y/o social. Para Troise, contra Kant, esa íntima vinculación material entre las ideas y el mundo podía ser conocida exhaustivamente en todas las instancias de la realidad, desde la interacción de las partículas subatómicas a los grandes cambios políticos, incluidas la biología y psicología. Desde este punto de vista, la renovación científica del momento, especialmente en física y biología, con-

¹³ Aníbal Ponce, “Lógica Formal y Lógica Dialéctica”, *op. cit.*, tomo IV, p. 567; texto original de 1936.

¹⁴ *Ibid.*, p. 568.

¹⁵ Aníbal Ponce, (1974c [1936]), “En memoria de Pavlov”, *op. cit.*, tomo II, p. 364; texto original de 1936.

¹⁶ Al respecto, véase entre otros, Hugo Vezzetti, *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Alejandro Dagfal, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

¹⁷ Emilio Troise, *Materialismo Dialéctico (concepción materialista de la historia)*, Buenos Aires, La Facultad, 1938, p. 75.

¹⁸ *Ibid.*, p. 34.

tribuían a corroborar el materialismo dialéctico como epistemología, aun cuando los mismos científicos que desarrollaban esos conocimientos no abonasen al marxismo o no notasen el carácter dialéctico de la materia.

Al respecto, los deslizamientos semánticos en la terminología científica de Troise resultan significativos. Por ejemplo, la noción de experimentación, construida desde referencias tan disímiles como Werner Heisenberg y Antonio Labriola, podía significar tanto “observación metódica”, como “experimentación voluntaria y técnicamente conducida”, además de la idea de *praxis* marxista. Con ello, Troise buscaba resaltar la idea de que el hombre podía interactuar y recrear la naturaleza, y por tanto a sí mismo. Esta “experimentación” sería una suerte de actitud básica humana que haría de la historia un progresivo “enriquecimiento del espíritu”. En este sentido, la idea de un conocimiento históricamente situado no se contradecía con la de leyes regulares de la naturaleza, dado que la noción de historia que se presuponía era la del avance de la razón; la relatividad del saber no era más que una estación hacia una concepción unificada del mundo cada vez más amplia.

Esta perspectiva le permitió rechazar toda filosofía que considere la existencia de ideas o de actividad pensante más allá de la naturaleza fisiológica y de las condiciones del medio natural y social. Troise retomó de Engels, Plejanov y Lenin, así como de Prenant y los autores de los volúmenes de *A la lumière du marxisme*, la oposición entre el materialismo dialéctico y el mecanicismo y el idealismo. El idealismo quedaba representado por casi todo el canon de la filosofía desde la antigüedad, pero muy especialmente por el pensamiento de Bergson. El mecanicismo, por su parte, quedaría representado por el pensamiento científico que no admite la ontología de permanente cambio de la realidad material, esta última confirmada por las nuevas teorías físicas sobre la relatividad y sobre el mundo cuántico. Así, el marxismo se presentaba como un marco dinámico y holista con el cual refundar casi todo el pensamiento occidental en la clave de un nuevo científicismo.

Tal concepción dicotómica del pensamiento occidental fue endurecida conforme avanzaron los fascismos europeos. En un plano diferente al de Troise, pero complementario, ello puede ilustrarse con la actividad que Bermann realizó como psiquiatra e intelectual dentro de las brigadas internacionales durante la Guerra Civil Española. Además de organizar el servicio de asistencia psiquiátrica en el Hospital N° 6 del sector Centro de Madrid (también conocido entonces como Hospital Chamartín), ofreció varias conferencias a intelectuales, milicianos y políticos. Una de ellas, pronunciada en el Ateneo de Madrid, la dedicó a los rasgos psicológicos y psicopatológicos movilizados por el fascismo. Todavía afín a ciertas nociones psicoanalíticas, Bermann sostuvo que la demagogia y el personalismo del fascismo apuesta a los mecanismos de identificación inconsciente que Freud propuso para la relación entre líderes y masas; por otro lado, la exaltación nacionalista fortalece los rasgos paranoides e incita a un culto del odio a lo extraño que habilita una liberación irrefrenada de los instintos agresivos. Si bien el fascismo no puede reducirse a la psicopatología, sino que debe entenderse como un efecto inherente al

desarrollo capitalista, Bermann no dudó en caracterizarlo como el exponente último y necesario la irracionalidad:

[L]os sabios oficiales y condecorados se han desplazado abiertamente al campo del irracionalismo. La ciencia oficial proclama la reconciliación de la religión y de la ciencia, el abandono de los “errores” del materialismo, el límite del conocimiento científico, la supremacía de lo espiritual, que es imposible de alcanzar por la vía de la ciencia y de la razón. [...] Los fascismos viven y se nutren de inconherencias y sinrazones, de espiritualismo decadente, de incongruencias entre sus ideas y actos, de anarquía mental y moral.¹⁹

La idea de que el fascismo pervertía a la ciencia para usarla como un instrumento de opresión, en contraposición a un socialismo que la incorpora como base racional de la emancipación, resultó central en el ideario comunista. La oposición racional/irracional se articuló con la oposición entre socialismo-comunismo/capitalismo-fascismo. La tarea de las fuerzas progresistas era defender y promover la racionalidad de las ciencias, necesaria para la construcción del socialismo.

Bajo esta matriz de pensamiento, no es posible un conocimiento científico neutral, ubicado por encima de los avatares sociales. Por el contrario, el genuino saber sólo se encuentra con una posición política definida: “Las luchas sociales y políticas a todos nos arrastran y nos imponen la ley de la militancia [...] desde la posición que he adoptado ¿viciaría los resultados de este estudio [sobre el desarrollo del fascismo]? En manera alguna. Por el contrario, estarán más cargados de verdad”.²⁰ En este sentido, Bermann se alineaba con la partidización de los intelectuales “clásicos”, los escritores. Por ejemplo, el poeta y novelista comunista Louis Aragón, en una de sus exposiciones durante el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, realizado en 1937 en España y Francia, defendió el realismo socialista en la literatura en estos términos: “Es así, queridos camaradas por lo que, convertidos en realistas dentro del espíritu del socialismo, parafraseando a la vez varias expresiones de uno de los más grandes espíritus de los tiempos modernos, os convertiréis en ingenieros del alma y colaboraréis en la creación de una cultura verdaderamente humana”.²¹ Tanto Bermann como Aragón asumían el mismo supuesto: la alineación política al socialismo coadyuvaría en una producción más ajustada a la “realidad” del mundo y del hombre.

La fusión entre científico e intelectual comprometido también se revela en la actividad psiquiátrica de Bermann. El tratamiento de las neurosis de guerra que propuso se basó más en la ele-

¹⁹ Gregorio Bermann, “Dialéctica del fascismo y su psicopatología”, en *Problemas psiquiátricos*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 165. Texto original de 1937.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Louis Aragón, “Conferencia, París, 16 de julio de 1937”, en Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider (eds.), *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937). Actas, ponencias, documentos y testimonios*, tomo III, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1987, p. 269.



vacación de la moral del soldado que en una psicoterapia profunda o técnicas médicas. En sus términos, ello significaba redefinir el rol del médico:

El médico de sanidad debe ser como un comisario de la salud de sus soldados. No he encontrado mejor término de comparación que el del comisario político del ejército español, de esta admirable creación del genio revolucionario francés, que se ha reeditado con la misma grandeza y eficacia en la guerra rusa y en ésta. [...] Al mismo tiempo que cuidar la salud y la higiene del cuerpo, los médicos pueden hacer mucho por estimular sus fuerzas morales, por curar sus dolencias anímicas, por exaltar su coraje, por elevar su capacidad, por darle, en una palabra, el ánimo necesario, a fin de que adquiera la plenitud de la fuerza defensiva y ofensiva que el Ejército y la retaguardia necesitan [...]. [El médico debe] convivir con ellos, participar en la misma exaltación popular por los ideales antifascistas, participar en las mismas vivencias, dejándose tomar por sus pasiones —la pasión de España—, hablar su lenguaje, atender sus necesidades. [...] No hay límites precisos entre la labor de unos y de otros: de la higiene y la salud de los milicianos pueden y deben ocuparse los sanitarios, los mandos, los comisarios políticos, los delegados, pero sobre todo los médicos.²²

Por otra parte, tal homologación del médico con el comisario político podía deberse al hecho de que en los servicios médicos republicanos existieron comisarios de sanidad, cuyas tareas en la formación y exaltación de la moral de los soldados poco se diferenciaban de la terapéutica que proponía Bermann.²³

El movimiento antifascista fue entonces el escenario de una redefinición de los saberes y actividades científicos en función de los criterios del marxismo soviético. En el CLES y la AIAPE se conformó una red de autores mediante la cual el materialismo dialéctico se implantó como marco intelectual. Aquí interesa mencionar, además de Ponce y Troise, a los psiquiatras Jorge Thénon y Julio Peluffo. El primero participó de la AIAPE y del CLES, del cual llegó a ser titular de su consejo directivo entre 1946 y 1952. Peluffo, por su parte, fue colega de Ponce en el Hospicio de Vieytes, ofreció cursos en el CLES y participó en el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la AIAPE, organizado por Troise. Thénon, Peluffo y Troise tuvieron un contacto cercano con Ponce y Bermann, y fueron compañeros de ruta del comunismo, hasta que los tres se afiliaron al PCA luego del acto realizado en el Luna Park el 1 de septiembre de 1945. Bermann, por su parte, mantuvo su rol de simpatizante no afiliado hasta principios de la década de 1960. Para estos autores, la cultura comunista ofreció un nicho donde continuar y profundizar la idea de que el marxismo representaba una superación general del pensamiento científico. El golpe de estado de 1943, realizado por militares anticomunis-

tas y “neutrales” respecto de la Segunda Guerra Mundial, la experiencia de 10 años de antifascismo, los logros de las políticas frentistas en Francia, y el triunfo de la URSS en la Segunda Guerra Mundial dieron solidez al horizonte histórico del comunismo.

La partidización de la ciencia marxista-leninista

Dentro de las publicaciones del comunismo argentino interesa destacar **Cuadernos de Cultura**, dirigida expresamente a los sectores intelectuales y científicos. Ya desde su segunda época pueden hallarse textos dedicados a la concepción soviética de la ciencia.²⁴ Entre ellos, el de mayor interés es un artículo de Sergei Vavilov, quien en 1945 se convirtió en el presidente de la Academia de Ciencias, el organismo más importante de la URSS sobre ese campo. Vavilov afirmó que la ciencia rusa, aunque provista de figuras destacadas desde antes de 1917, sólo con la revolución bolchevique salió de sus claustros y logró plena relevancia al concentrarse en los problemas fabriles y rurales. Lo distintivo de la ciencia soviética sería que no se desentendía del pueblo, sino que le servía. Esta relación se efectivizaba por la amplia promoción, organización y financiación que recibía del Estado soviético; tal administración socialista permitía que la URSS cuente con una vasta estructura de investigación. Vavilov enfatizó que con el gobierno soviético, el número de personal científico se incrementó 20 veces de 1917 a 1946, hasta llegar a 10.000, lo que permitió disponer de “hombres capacitados en casi todas las especialidades que ofrecen interés científico o técnico de consideración. No todos los países, ni mucho menos, poseen este frente científico ininterrumpido”.²⁵

Vavilov, sin embargo, abonaba todavía en 1946 a la idea de que la ciencia era un capital universal y que los soviéticos debían apropiarse de toda la buena ciencia disponible. Tal perspectiva cambió poco después con el zhdanovismo, que endureció varias de las premisas que ya subyacían en las formulaciones previas sobre el marxismo-leninismo como filosofía de la ciencia, esto es, el paso de una cierta desjerarquización de los saberes no ajustados al materialismo dialéctico a la plena impugnación. A modo de ejemplo, en una conferencia publicada en **La Nouvelle Critique** y reproducida en **Cuadernos de Cultura**, se realizaban afirmaciones del siguiente tono: “El hecho de que haya una ciencia burguesa y una ciencia proletaria, fundamentalmente contradictorias, quiere decir ante todo que la ciencia es también cuestión de lucha de clases, cuestión de partido”.²⁶

La celebración de la ciencia proletaria y la condena de la ciencia burguesa fueron promovidas también por Peluffo, Troise y Thénon,

²² Gregorio Bermann, *Las Neurosis en la Guerra*, Buenos Aires, Aniceto López, 1941, pp. 34-35.

²³ Véase B. Chueca, “La Labor de los Comisarios de Sanidad”, en *La Voz de la Sanidad del Ejército de Maniobra*, año 1, n° 5, 30 de abril de 1938, p. 11. Ubicado en BI PP 42, UCLM CD B. Internacionales (B), Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, España.

²⁴ Se retoma la distinción de cinco períodos en la revista propuesta por Kohan, *op. cit.*: 1) noviembre, 1942-junio, 1943 (ocho números); 2) aproximadamente julio, 1946-octubre, 1947 (unos diez números); 3) agosto, 1950-abril, 1967 (ochenta y cuatro números); 4) octubre, 1967-febrero, 1976 (cuarenta y ocho números); 5) otoño, 1985-primavera, 1986 (cinco números).

²⁵ Sergio Vavilov, “Porqué progresa la ciencia soviética”, en **Cuadernos de Cultura Anteo**, n° 10, 1947, p. 32. Para un examen minucioso y matizado de Vavilov véase Kojevnikov, *op. cit.*, pp. 158-185.

²⁶ Jean Desanti, “La ciencia: ideología históricamente relativa”, en **Cuadernos de Cultura Democrática y Popular**, n° 3, 1951, p. 74; subrayado de la fuente.

quienes se hicieron eco de la propaganda sobre los logros científicos soviéticos, particularmente los de Pavlov.²⁷ Peluffo tuvo una relación estrecha con Agosti y fue miembro del consejo de redacción y luego director **Cuadernos de Cultura**. En las páginas de esta publicación sostuvo que en la URSS “un nuevo hombre, el hombre de la sociedad comunista, [...] liberado de las cadenas irracionales, se eleva al plano de una consciencia superior”. Los postulados sobre el surgimiento de tal nuevo hombre se encontraban para el psiquiatra “confirmados acabadamente por las investigaciones científicas, que [...] han realizado Pavlov, Mitchurin y Lysenko”. Peluffo retomó la concepción ambientalista del conocimiento a partir de un marco pavloviano: la psiquis sería producto de “lo que los psicólogos llaman asociación, sea en la percepción de los signos, del lenguaje, sea en las ideas”, es decir, toda actividad psíquica se reduce a un proceso neurofisiológico, el reflejo.²⁸ La noción de reflejo remitía, en primer lugar, a las ideas de Lenin, pero especialmente al ambientalismo del modelo pavloviano, que permitía una articulación con las teorías neo-lamarckianas de Lysenko. Todo el marco se ofrecía como una confirmación científica del surgimiento de un “nuevo hombre”. La plasticidad en la adquisición de conductas e ideas según la teoría del condicionamiento se reforzaba con la idea de que los organismos podían transformarse consecutivamente mediante la herencia de los caracteres adquiridos. De este modo, la “evidencia” biológica se basaba y corroboraba la idea de una ontología de lo material en perpetuo cambio. Este materialismo dialéctico naturalizado, fundamentado “de manera experimental y con un criterio de utilización social”, permitía pensar que la transformación del hombre podría lograrse mediante “un amplio y hondo proceso de herencia, de educación, de condicionamiento”.²⁹ El estado soviético era entonces el encargado de desplegar la potencia de la ciencia para la obtención del “hombre nuevo”. En la visión comunista del momento, la existencia y crecimiento de la sociedad socialista soviética era la corroboración de la cientificidad de las teorías de Marx.

La celebración de Pavlov como representante de la ciencia marxista-leninista no resultaba sólo un efecto de la propaganda, sino que sus teorías neurofisiológicas fueron apropiadas como una crítica a los saberes disponibles en la psiquiatría y como base para una fundamentación científica de esa disciplina. Thénon rápidamente se ubicó como el referente central del pavlovismo comunista y se convirtió en el principal crítico del psicoanálisis. En esa línea, Thénon se propuso un doble movimiento: en primer lugar, desacreditar las ideas psicoanalíticas que él mismo había contribuido a divulgar en la década de 1930, como un saber idealista y reaccionario en la psiquiatría y en la cultura en general; en segundo lugar, buscar fundamentos marxistas para renovar la psiquiatría y la psicología. No se detallará el rechazo del psicoanálisis por parte de los psiquiatras comunistas; baste con señalar que

Thénon consideraba que sólo la escuela de Pavlov “inaugura un método para la caracterización histórica del hombre y para una verdadera psicología científica”.³⁰ Interesa más bien analizar el modo en que el marxismo-leninismo podía ofrecerse como una concepción genuinamente científica de lo psíquico.

En **Cuadernos de Cultura**, Thénon ofreció una fundamentación marxista de la psicología, quizás el primer intento de muchos otros que se realizaron luego en la Argentina. Bajo la idea de que el bolchevismo “estableció por primera vez las condiciones objetivas para el desarrollo de una psicología científica”, afirmó que la psicología, si pretende ser una ciencia, debe abandonar el estudio de las instancias intrapsíquicas y enfocarse en el estudio de la actividad humana, entendida ésta como las capacidades transformadoras del hombre en función de la historia de las fuerzas productivas. Una psicología científica, en la clave del marxismo-leninismo, debe centrarse en el modo en que la situación socio-política de los individuos define los procesos de concientización: “ninguna psicología puede prescindir, en el estudio crítico del hombre en la era del capitalismo, de su carácter de obrero, asalariado, intelectual o patrón, sin caracterizar las normas sociales que por su constancia relativa crean hábitos mentales”.³¹ Desde esta perspectiva, la psicología producida bajo el capitalismo no puede más que limitarse a estudiar un hombre reducido a ser un espectador apolítico de los procesos sociales, mientras que en el bloque socialista, donde se generaría una nueva humanidad, puede investigarse plenamente las capacidades humanas. La URSS era vista como un motor histórico y científico, garante del despliegue de las potencias psíquicas y por tanto del desarrollo de una psicológica genuinamente científica.

Para Thénon, Marx habría abierto la posibilidad de estudiar los modos en que las condiciones socio-económicas inciden sobre la psiquis del trabajador, tanto en el desarrollo de su conciencia como en su alienación, entendida ésta como una “psicopatología industrial”. Sólo en un contexto socialista, desprovisto de alienación, podía haber una verdadera psicología de la conciencia y de la normalidad. Sin embargo, a pesar de las intuiciones de Marx y Engels, recién a partir del surgimiento de la URSS y con las investigaciones pavlovianas podía generarse una psicología rigurosa. En este sentido, la gestación de una psicología científica dependería de la edificación de un estado socialista. Esto conlleva una doble implicación: por un lado, la producción de saberes queda supeditada a un régimen político particular, lo que revela las esperanzas depositadas por los comunistas locales en la URSS; por otro lado, el canon marxista no basta para realizar buena ciencia.

²⁷ Debe aclararse que los tres autores no fueron zhdanovistas inflexibles; en sus textos hay diversas referencias positivas a científicos no marxistas acreditados. Si aumentó la beligerancia frente a saberes considerados como idealistas o pseudocientíficos, y la suspicacia sobre autores no comunistas.

²⁸ Julio L. Peluffo, “Pavlov y Mitchurin-Lysenko”, en **Cuadernos de Cultura Democrática y Popular**, n° 4, 1951, pp. 67-69.

²⁹ *Ibid.*, p. 73.

³⁰ Jorge Thénon, “La psiquiatría en el año 50 del siglo XX”, en **Cursos y Conferencias**, vol. XLII, n° 247-248-249, 1952, p. 365. La impugnación del psicoanálisis fue iniciada por Bermann, quien rápidamente se alineó a la postura del PCF al respecto, Gregorio Bermann, “El psicoanálisis enjuiciado”, en **Nuestra psiquiatría**, Buenos Aires, Paidós, 1960, pp. 88-91. El artículo original se publicó en 1949 en **Nueva Gaceta**, periódico dirigido por Héctor Agosti. Para más detalles véase Hugo Vezzetti, “Gregorio Bermann y la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*: Psiquiatría de izquierda y partidismo”, en **Frenia**, vol. VI, 2006, pp. 39-55; Dagfal, *op. cit.*, pp. 311-352.

³¹ Jorge Thénon, “Marx, Engels y la psicología”, en **Cuadernos de Cultura**, n° 15, 1954, p. 30.

En este punto, ese canon puede corregirse y reconfirmarse mediante la ciencia socialista; en los términos de Thénon, las teorías pavlovianas “enriquecen con sus experimentaciones la teoría marxista del conocimiento. Las investigaciones y la doctrina de Pavlov y su escuela, constituyen la base científico-natural del marxismo-leninismo”.³² Se reitera entonces la idea de que es la ciencia natural la que constituye el suelo que hace admisible el *diamat*, al punto que la neurofisiología pavloviana es parte del sostén de las ideas de los clásicos.

El paso del científicismo marxista-leninista de su versión débil a la fuerte, además de aumentar la pretensión filosófica, también amplió el grupo de figuras a cuestionar. Ello puede verse en la reedición del libro de Troise **Materialismo Dialéctico**. El texto original apareció casi sin modificaciones. Troise se limitó a agregar párrafos donde extendía la argumentación anterior, esta vez con una mayor presencia de citas de autoridad, entre ellas Stalin, Lysenko, y desde luego, Pavlov: “los trabajos de la escuela de Pavlov, han establecido, con gran rigor experimental, [la] dependencia estricta del psiquismo a los estímulos específicos de la energía exterior”. Si hacia 1953 para Troise seguía teniendo sentido cuestionar a Bergson, ello se debía a que éste se emparentaba con los nuevos contrincantes: “La filosofía llamada existencial y fenomenológica –de esencia irracional– alentó con sus especulaciones la brutalidad nazifascista”.³³ Las ideas de Husserl y de Heidegger, así como las de sus representantes franceses, Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, fueron enmarcadas en la dicotomía racionalismo/irracionalismo, formulada durante los años del antifascismo y cara a la cultura comunista del último estalinismo. Tales filosofías no eran otra cosa que una reformulación del idealismo antipositivista de principios de siglo, cuyos efectos deletéreos para la humanidad habrían sido comprobados con la Segunda Guerra Mundial. Troise intervenía así en la discusión de las izquierdas francesas y argentinas sobre los límites y posibilidades de renovación del marxismo, en el contexto de una Guerra Fría que contribuyó a hacer cristalizar las formulaciones y expectativas sobre las cualidades científicas del marxismo-leninismo.

Por su parte, el pavlovismo comunista representó una de las principales corrientes psiquiátricas durante la década de 1950 y había logrado organizar algunas instituciones relevantes como la Federación Argentina de Psiquiatría.³⁴ Como se dijo, dentro de este campo disciplinar, la lucha contra el idealismo burgués se traducía especialmente en la impugnación al psicoanálisis, el cual lograba por entonces una amplia inserción en el ámbito psiquiátrico y de la cultura en general. Ello les valió a los psiquiatras comunistas el reconocimiento explícito de Agosti en el informe que realizó para la Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas: “me parece un acto de justicia destacar la labor de nuestros camaradas médicos en la difusión de la doctrina de

Pavlov y los avances de la medicina córticovisceral, ejemplo concreto de realización de la batalla ideológica en el terreno de la cultura superior.”³⁵ Que el principal intelectual del PCA ponga a los pavlovianos como ejemplos partidarios revela su posición como parte de una intelectualidad que defendía y alimentaba el ideario científico del comunismo.

Conclusiones

Hasta aquí se ha señalado cómo una serie de autores provenientes del espacio antifascista se apropiaron del ideario científico marxista-leninista, el cual fue luego impulsado por el PCA como parte de su visión política. En este sentido, más que considerarlo sólo como un ideario impuesto por la verticalidad habitualmente asignada al comunismo, cabe ser examinado desde la perspectiva de una apropiación activa por los intelectuales que encontraron en el *diamat* herramientas epistemológicas para reconsiderar supuestos filosóficos y la actividad de las ciencias. En esta clave, cabe señalar algunas implicaciones relevantes para una historia intelectual del marxismo-leninismo local.

Interesa destacar el lugar que se le asignó a Pavlov, en conjunción con Lysenko, como parte del canon del marxismo-leninismo. La neurofisiología pavloviana venía a sustentar el estándar materialista con el cual se buscaba comprender al hombre, con lo que se conformó un entramado epistemológico donde marxismo y pavlovismo se legitimaban mutuamente. Representó así una pieza importante de la concepción científica del mundo del comunismo y actuó como un puente entre los intereses científicos de médicos y psiquiatras y los objetivos políticos. En vista de lo anterior, si se considera a las figuras con formación científica como parte de la intelectualidad de izquierda, resulta posible tematizar el papel de la ciencia en el ideario del marxismo-leninismo, tanto dentro del comunismo como fuera de éste, y la incidencia del materialismo dialéctico, en tanto epistemología, dentro de las diversas disciplinas científicas. La obra de los autores trabajados aquí permite dar un primer acercamiento al problema de la figura del médico que, en tanto portador de un saber científico, deviene un intelectual y/o militante político. Esta figura, de límites no muy precisos, antecedería y excedería el marco del comunismo. Sin embargo, se ha buscado ofrecer aquí elementos para contemplar la idea de que estuvo lejos de tener un papel marginal en la cultura comunista local.

Si bien los médicos y psiquiatras filo-soviéticos y comunistas buscaron intervenir en la psiquiatría, el capital que les proveía su saber específico les permitió desempeñar un rol más amplio. Por un lado, actuaron como defensores de la doctrina del marxismo soviético; por otro, promovieron causas políticas más generales, como el rechazo de los fascismos y la organización racional de la sociedad. Esa doble ubicación conjugó al menos dos resortes: la legítima-

³² *Ibid.*, p. 34.

³³ Emilio Troise, **Materialismo Dialéctico. Concepción materialista de la historia**, 2ª ed., Buenos Aires, Hemisferio, 1953, pp. 41, 9.

³⁴ Enrique Carpintero y Alejandro Vainer, **Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina**. Tomo I, Buenos Aires, Topía, 2004, pp. 61-70, 83-88.

³⁵ Héctor P. Agosti, “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”, en **Cuadernos de Cultura**, n° 25, 1956, p. 154.

ción científica, desde la cual sostener el ideario partidista, y la acreditación partidaria, que les amplió el ámbito de intervención por fuera de sus disciplinas. Desde luego, no cabe asumir que ello fue sin tensiones entre las dinámicas disciplinares y políticas. Queda aún por indagar la relación específica de estas figuras con la cúpula del PCA —que fue muy fluctuante respecto de los intelectuales, incluso con los más partidistas— y también en qué medida su pertenencia partidaria podía ser utilizada como un factor de prestigio dentro del campo intelectual y científico más extenso.

El cientificismo comunista muchas veces fue catalogado como un pensamiento dogmático y estrecho. Lejos de reivindicarlo, una mirada alternativa podría mostrar que la división epistémica entre materialismo dialéctico e idealismo supuso una toma de postura intelectual articulada contra el fascismo, la religión y otras fuerzas consideradas regresivas. Una historia del marxismo-leninismo como sistema de pensamiento cobra otra relevancia cuando se lo piensa como un ideario sostenido en múltiples resortes, tanto de argumentación filosófica como de experiencias políticas y actividad en disciplinas específicas. El horizonte desplegado por la URSS permitió repensar casi cualquier saber y construir (o bien renovar) un “gran relato” sobre la naturaleza, la realidad social y el devenir de la humanidad. Resta aún mayor indagación sobre el modo en que el marxismo-leninismo se constituyó como una cosmovisión y cómo reconfiguró las relaciones entre política y conocimiento dentro de las disciplinas científicas en Argentina y el mundo hispanoparlante. En este sentido, más que iniciar un análisis de este tipo a partir de la rigidez de los comunistas, cabría invertir el problema y preguntar mediante qué mecanismos se generó tal dogmatismo y qué papel cumplieron el antifascismo y el comunismo en la instauración de la idea de que el marxismo puede ser un maximizador del conocimiento debido a su estatuto científico.

Finalmente, se hace necesario indicar que el ideario científico del comunismo, además de una ideología —en el sentido negativo del término—, fue también un componente positivo en la legitimación del marxismo-leninismo. Fue considerado un recurso epistemológico renovador por intelectuales y científicos, tanto en lo que respecta al plano de las ideas como al rol de los científicos e intelectuales en una coyuntura histórico-política. Bajo la promesa de saberes más rigurosos y con mayor incidencia en la realidad, el materialismo dialéctico fue impulsado activamente por médicos y psiquiatras filo-soviéticos y comunistas. Aún queda por esclarecer hasta qué punto este esfuerzo tuvo repercusiones más allá del PCA y del campo psiquiátrico.